VI.

En donde se ve volver á maese Loys, galgo negro.

Apenas hemos tenido tiempo suficiente para derramar una lágrima sobre la suerte desgraciada de Vicente Gueffes el normando. Era charlatan como los de su país; tenia una mandíbula memorable; nunca decia sí ni no; poseia ciertas nociones de filosofía ecléctica, aun cuando no se hubiese inventado todavía esa ciencia alegre.

Era pagano á semejanza de todos los que se precian de ser despreocupados, y aun era algo ladron.

Al separarnos de él siempre nos gusta arrojar estas flores sobre el sepulcro de un hombre que, adelantándose al progreso, se desprendió tan pronto de las preocupaciones en que se habia enfangado su siglo.

Dicho esto, adios, Vicente Gueffes.

Dos ó tres veces se vieron obligados, Meloir y sus hombres de armas, á detenerse en su cacería ante obstáculos exactamente iguales al que antes describimos, y que fué causa de la muerte tan sensible de Vicente Gueffes.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

La fugitiva gente, ya fuese con deliberado intento, ó por efecto de la casualidad, se habia dividido dos ó tres veces. Segun todas las apariencias, los emigrados de la aldea de San Juan y Mr. Hue habian intentado caminar juntos, y algun incidente los habia separado.

Se habian perdido entre la niebla y quizás andaban buscándose unos á otros, pero el refran de *buscar una aguja en un pajar* es harto poco expresivo, para demostrar la locura que seria correr en pos de un hombre en aquellas tinieblas inmensas.

Meloir y su tropa llevaban sus lebreles, y aun así nada encontraban.

Sin embargo, continuaban la cacería, y Meloir ya no podia retroceder.

Meloir habia pasado la mitad de su vida batiéndose en debida forma. Era una buena lanza, pero nada mas. Los hombres de esta clase llegan de improviso al mal, porque su buena conducta nunca fué resultado de un principio fijo.

Si les ayuda la casualidad, pueden tener la carrera mas honrosa, y permanecer firmes hasta el fin en la buena senda, porque no son esencialmente viciosos ni malvados.

Pero como tampoco son esencialmente buenos, y no tienen mas móvil que el interés humano, se les ve deslizarse y caer tan luego como su pié llega á asentarse en una pendiente fácil. Su engañosa prudencia erige en sistema la casualidad de su caida.

Si el fango les llega ya á la cintura, exclaman:

—¡Han calumniado al fango! ¡El fango es un buen lecho! ¡Estoy en él por mi expresa voluntad! ¡Viva el fango!

Los perros vuelven atrás cuando ven que han equivocado el camino; los hombres no.

En tiempo de los druidas habia en el Armor un loco que ponia una calabaza en la punta de una pica, y se prosternaba ante este emblema augusto, diciendo:

—Esto es el sol.

Los druidas, que no entendian de bromas, invitaron á aquel loco á que volviese á su religion. El loco no quiso.

Los druidas le colocaron sobre una pira de leña y le prendieron fuego.

El loco murió como un héroe, gritando á mas y mejor:

—¡Impostores, podeis dar muerte á mi cuerpo, pero mi calabaza era positivamente el sol!

Meloir miró un dia sus cabellos, que iban encaneciendo, y dijo para sí: « Quiero un castillo, una mujer, vasallos, etc. »

Y eligió aquel medio triunfante que explicó á Aubry de Kergariou: el terror.

Al principio solo fué un espantajo; pero en el momento á que hemos llegado, Meloir usaba del medio en toda su extension. Deseba con toda su alma dar muerte. Era un perfecto bribon!

¡La lógica es una cosa tan irresistible y bella!

Plantéense las premisas, y el diablo deducirá la consecuencia.

Siendo ya cosa aceptada y convenida que era preciso vengarse de Aubry, hacer que desapareciese el anciano Maurever y apoderarse de Reina á toda costa, urgia el tiempo. Meloir sentia que el terreno político temblaba bajo sus plantas.

Su celo, que entonces le valia el favor del príncipe reinante, podia conducirle al suplicio al dia siguiente.

Pero en 1450, lo mismo que en nuestros dias, los hombres prácticos conocian todo el mérito de los hechos consumados.

Lo que se ha hecho, hecho queda, dice el proverbio odioso.

No debe dudarse en manera alguna que, de cada doce proverbios, los once son detestables.

Meloir pensaba:

—Si me apresuro, todo quedará concluido antes de la muerte del duque Francisco. Poseeré á la heredera y la herencia. A caso me enseñarán los dientes, pero no llegarán á morderme.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Y excitaba á voces á los perros.

—¡Vamos, Rougeot, Tarot, y los demás, buenos perros adiestrados para socorrer á los náufragos, cazad, cazad!

Y los perros corrian como furiosos, y los caballos los seguian, y en pos de estos iban los soldados de á pié.

Los fugitivos no podian librarse ya por mucho tiempo de esta persecucion encarnizada.

Y aun es probable que, á no ser por los retrasos ocasionados por las vacilaciones de los lebreles en los sitios de la playa en que las huellas se dividian bruscamente, algunos rezagados habrian caido muy pronto en poder de los hombres de armas.

Hé aquí lo que habia ocurrido á Mr. Hue de Maurever y á su gente.

Aubry se puso al frente de la caravana cuando reparó en la ausencia de Juanillo. Aubry no conocia en manera alguna el camino de las playas; anduvo en línea recta hácia adelante, lo cual suele ser lo mejor en varias ocasiones.

Al cabo de una hora de marcha se oyó tan claro y distintamente el ruido del mar á corta distancia, que ya no fué posible la duda. Habian equivocado el camino.

A Reina le hacia padecer mucho su herida, y comenzaba á sentir cansancio y desaliento.

Y la niebla no disminuia.

La caravana se hallaba entonces en aquella parte de las playas situada al Noroeste del Monte, y en la que abundan las charcas.

Aubry torció un poco su camino y la línea que seguia se inclinó hácia el Sur. No era ya arena, sino marga desleida lo que los fugitivos tenian bajo sus piés.

Para huir de las charcas, cuyo fondo era de arena movediza,

describian rodeos numerosos. Unos pasaban por la derecha y otros por la izquierda.

De vez en cuando se perdia un hombre ó una mujer.

En una ocasion, Maurever llamó á Reina, y esta no contestó.

Una angustia horrible oprimió el corazon del anciano, y desde aquel momento todo fué confusion entre los fugitivos.

Todos querian buscar á Reina.

Dieron vueltas y perdieron la direccion. Luego los grupos se separaron unos de otros. Entonces hubo ya imposibilidad absoluta de volver á reunirse.

Hue de Maurever caminaba con su viejo vasallo Simon le Priol, quien llevaba de la mano á su mujer.

Francisca lloraba á lágrima viva, la pobre mujer, porque sus dos hijos Julian y Simoneta no estaban allí para contestar á su voz.

Aubry iba solo, loco de dolor, corriendo en medio de aquella noche clara, sin objeto, sin direccion, casi sin esperanza.

Las muchachas y los mozos de San Juan vagaban por allí á la aventura.

A la sazon, todos aquellos grupos diferentes se cruzaban en medio de la niebla sin verse. Todos iban á la desbandada, y no por eso era mas fácil la empresa de los hombres de armas de Meloir, pues aquella multitud dispersa solo servia para desorientar á los cazadores.

Hacia un cuarto de hora que Aubry se habia separado de sus compañeros, cuando creyó oir un ruido leve detrás de sí.

Se detuvo y aplicó su oido á la arena.

Su corazon latia con fuerza; pero cuando volvió á levantarse, habia desaparecido el rayo de esperanza que antes brillaba en su frente.

Aquel ruido que oia, solo era el de los pasos de los caballos de Meloir.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA

Aubry examinó hácia qué lado emprenderia la fuga, porque su primera necesidad era vivir para protejer á Reina.

Los pasos se acercaban.

Aubry distinguia la voz de los hombres de armas.

—¡Hola! decia Pean, ¿qué tiene este bribon de Ardois?. . ¡va á romper su traílla!

—¡Y Rougeot! replicaba Coetaudon. Paréceme, Belissan, que vuestros perros se tornan rabiosos.

—¡Silencio! dijo el montero, ¿ no veis que encuentran rastro?..... Me cuesta trabajo sujetar á este perrazo que compré en el camino. ¡Bien, Reinot! ¡bien, pícaro!.... ¿Está ahí el caballero Meloir?

—¡Señor Meloir! dijeron varias voces llamando discretamente.

El señor Meloir estaba en otra parte, porque no contestó.

—¡Qué lástima que no esté ahí! volvió á decir Belissan, porque estoy seguro de que vamos á levantar caza.... ¡Bien, Reinot! ¡bien, pícaro!....

—¡Calle, calle! gritó Corson el heraldo, me arrastra Pivois en pos de sí. ¡Quieto Pivois, quieto, vive el cielo! ¡Bueno! la correa se ha roto en mi mano, y sabe Dios dónde estará el perro á estas horas.

Pivois se habia precipitado hácia adelante lanzando ese ladrido breve y quejumbroso de los galgos de raza pura, que se parece al grito inarticulado de un sordo mudo.

Los demás perros se agitaron enfurecidos.

Dos ó tres lograron romper sucesivamente sus traíllas, y emprendieron la carrera en seguimiento de Pivois.

Pivois era un animal noble y hermoso, criado en la heróica perrera de Rieux: tenia el pelo gris oscuro, el hocico puntiagudo como un puñal, el cuerpo musculoso y las uñas afiladas.

En tres saltos estuvo junto á Aubry.

Este se hallaba sobre una especie de monton de arena ó eminencia de pendiente sensible. Allí era la niebla menos densa y opaca que en el resto de la playa. Se distinguia perfectamente el suelo, y aun se veia á la distancia de tres piés en circunferencia.

En el centro del monton de arena habia un poste húmedo y viscoso, cubierto de musgo marino, y que en la marea alta indicaba los bajíos á las barquillas de los pescadores del Monte.

Aubry se habia arrimado de espaldas al poste.

Tenia en la mano su espada desenvainada.

Desde el momento en que oyó la conversacion de los hombres de armas, y sintió, en cierto modo, el hálito de los perros que le olfateaban, tuvo que renunciar á toda idea de fuga.

Solo un recurso le quedaba: el combate.

Verdad es que el combate se presentaba muy desigual; pero Aubry tenia fe en su fuerza, y aquellos soldados de los antiguos tiempos, aunque fuesen uno contra diez, nunca perdian la esperanza de la victoria.

Mientras sus dedos de acero sujetaban la cruz de una espada, daban sendos tajos y mandobles.

En aquella lucha habia una cosa mas terrible que los hombres: eran los perros. Pero Aubry conocia el error de los hombres de armas, quienes sujetaban la traílla de cada perro, en vez de soltar toda la jauría de una vez.

Decia para sí:

—¡Ah! si tan siquiera tuviese conmigo á maese Loys, ¡santo Dios! seria una buena lucha. Diez perros para maese Loys, diez hombres para mí: es nuestra medida.....

—Pero, ¡ay de mí! añadió suspirando, ¡pobre maese Loys!... ¿dónde estará?

Una masa sombría surgió de enmedio de la niebla. Aubry sintió un aliento de fuego y de su hombro saltó la sangre bajo la zarpa de Pivois.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Pero Pivois cayó con el vientre abierto de una estocada corta y recogida que le asestó Aubry.

—¡Hermoso animal! murmuró este; ¡lástima es haberle dado muerte!

Ardois, lanzado como una flecha, pasó por encima del cuerpo de Pivois. Aubry le partió la cabeza de un tajo.

Rugeot, magnífico animal de pelo oscuro y ojos ardientes como carbunclos, rodó sobre sus dos compañeros muertos. Tenia el cuello casi partido.

—¡Ira de Dios! murmuraba Aubry que se iba enardeciendo en la pelea, ¿no llegarán al fin los hombres?.....

Los hombres llegaban ya.

Se oia clara y distintamente el sordo paso de los caballos.

Aubry vió la sombra de un jinete que pasaba por su izquierda sin verle.

En el momento en que abria la boca para llamarle, porque estaba excitado y tenia prisa de sentir una espada rechinando con la suya, otro lebrel salió de entre la niebla y se precipitó sobre el.

Este era enorme, negro de piés á cabeza, tan hermoso como pintan á los perros fabulosos que lleva la Diana cazadora en su carrera eterna.

Era el Aquiles de los perros.

Saltó materialmente por encima del hombro de Aubry, cayó al lado opuesto, volvió á saltar antes de que Aubry tuviese tiempo para hacerle frente y le cogió de la garganta.

Pero no ya para ahogarle, ¡oh, no! sino para acariciarle con dulzura y cariño, como el faldero favorito va á mezclar sus largas y sedosas lanas con la espléndida cabellera de la hermosa castellana.

Era Loys, maese Loys, el noble, el valiente, el intrépido, el Aquiles de los perros como hemos dicho.

El era el perro que Belissan habia comprado por casualidad en Dinan, para sustituir al pobre Ravot que murió reventado.

Aubry le besó en el hocico como á un niño, como á un amigo..... Aubry tenia una lágrima en los párpados... .

—¡Santo Dios! exclamó ya sin contenerse, ¡gracias! ¡Animo, Loys!

Luego, dando á su voz una entonacion fuerte que la hizo resonar como un clarin en medio de la niebla, añadió:

—¡A mí, malandrines! ¡á mí, traidores malditos! ¡Meloir, Pean, Coetaudon, Corson y otros si los hay! ¡venid, venid, venid!

Un clamor, lejano ya, contestó á este llamamiento.

Habian pasado ya de donde estaba Aubry sin verle, y este hubiera podido evitar la lucha.

Pero no era esto lo que él queria.

¿Quién sabe si, mientras peleaba, tendria Reina tiempo suficiente para salvarse?

Con solo ganar algunos minutos se conseguiria quizás la salvacion.

Y luego, con maese Loys á su lado creia seguro el vencer.

Los pasos de los caballos se acercaban; Loys se puso al lado de su amo, con las patas recogidas y firmes y el hocico en la arena.

El nombre de Reina vagó una vez mas por los labios de Aubry y en seguida empuñó su buena espada.

—¡Firme, Loys! dijo.

De improviso se oyó un gran choque de aceros. La arena se enrojeció en torno del carcomido poste cubierto de musgo.

Los perros de Rieux aullaron.

Los hombres de armas blasfemaron.

—¡Firme, Loys, firme Loys! ¡nuestros son!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA N. 11

VII.

El tubo milagroso.

Era aquel un combate singular.

Preciso es decir que Aubry á pié tenia toda la ventaja de su parte, peleando contra los hombres de armas á caballo.

Jóven y ágil, se servia de la niebla como de una máquina de guerra.

Habíase bajado del monton de arena, en el que la niebla era harto clara, y los hombres de armas le siguieron á la parte llana de la playa, á las arenas blandas y movedizas, en donde las patas de sus cabalgaduras se hundian á cada paso.

Aubry era para ellos como un fantasma que aparecia de improviso y desaparecia del mismo modo, para volver á aparecer muy luego.

Pero la espada de Aubry no era una sombra, sino que daba buenos tajos y mandobles. Pean lo sabia, y tambien Corson y Kerbehel, porque los tres tenian ya heridas profundas.

El pobre Corson murmuraba:

—El búfalo de mi jubon se ha convertido en gules.